

*Levantamiento de Esparta. - Diversidad de opiniones en el consejo de Filipo sobre el castigo. - Sabia actitud que el rey toma en el asunto. - Declaración de guerra por todos los aliados contra los etolios.*

Así que los etolios hubieron terminado esta expedición en el Peloponeso (año -220), se retiraron a su patria sin peligro. Entre tanto Filipo llegó a Corinto con ejército para socorrer a los aqueos; mas habiendo llegado tarde despachó correos a todos los aliados para que sin dilación le enviase cada uno a Corinto personas con quienes consultar sobre los intereses comunes. Él, mientras, levantó el campo sin detenerse hacia Tegea, informado de las muertes y alborotos que entre sí tenían los lacedemonios. Este pueblo, acostumbrado a ser regido por reyes y a obedecer ciegamente a sus jefes, acababa entonces de recibir la libertad por favor de Antígono. Lo mismo fue verse sin cabeza, que al instante se suscitaron alborotos y creyeron todos tener igual derecho en el gobierno. Al principio dos de los éforos tenían oculto el partido que abrazaban, y los otros tres mantenían trato con los etolios, persuadidos de que la tierna edad de Filipo no bastaría a gobernar el Peloponeso. Pero lo mismo fue salir de esta provincia los etolios y llegar de la Macedonia Filipo más presto de lo que se esperaba; recelosos los tres de uno de los otros dos, llamado Adimanto, porque enterado de todos sus propósitos no aprobaba su conducta, temieron que, venido el rey, no le revelase todo el secreto. Para prevenir este daño, comunicaron su intento a ciertos jóvenes, y bajo el pretexto de que venían marchando los macedonios contra la ciudad, publicaron un bando para que todos los que tuviesen edad acudiesen con sus armas al templo de Minerva. Una noticia tan inesperada hizo que la gente se congregase prontamente. Adimanto, aunque con repugnancia, procuró marchar el primero, y después de reunidos les dijo: «Estas asonadas y rebatos para poner a todos sobre las armas fueron del caso poco ha, cuando supimos que los etolios, nuestros enemigos, se aproximaban a las fronteras de nuestro país; pero no ahora, cuando sabemos que son los macedonios, nuestros bienhechores y salvadores, los que vienen con su rey Filipo». Aún no había pronunciado estas palabras, cuando los jóvenes encargados le atravesaron con sus espadas, y mataron juntamente a Estenelao, Alcámenes, Tiestes, Biónidas y otros muchos más ciudadanos. Polifonte y algunos otros, previendo prudentemente las resultas, se pasaron a Filipo.

Después de esta carnicería, los éforos que gobernaban Esparta despacharon sin dilación diputados a Filipo para recriminar la conducta de los muertos, rogarle difiriese su llegada hasta tanto que, sosegada la conmoción, recobrase la ciudad su antiguo estado y entre tanto estuviese en todo la fe y amistad con los macedonios. Los diputados alcanzaron a Filipo cerca del monte Partenio y expusieron inmediatamente su comisión. El rey, después de haberlos escuchado, ordenó que tornasen con diligencia a Lacedemonia y participasen a los éforos cómo sin detenerse iba a poner su campo sobre Tegea, y que a ellos tocaba enviarle cuanto antes personas de autoridad con quienes consultar sobre el caso presente. Los diputados ejecutaron el mandato, y los éforos de Lacedemonia, escuchada la

resolución del rey, despacharon diez ciudadanos que, marchando a Tegea y admitidos al consejo de Filipo, con Omias a su cabeza, acusaron a Adimanto como autor del pasado alboroto, ofrecieron al rey que cumplirían en todo como buenos aliados y que en cuanto al efecto por su persona manifestarían ser superiores a cuantos creía serle sus más verdaderos amigos. Dichas estas y otras parecidas razones, los lacedemonios se retiraron.

Entre los que componían el consejo hubo diferentes pareceres. Unos, instruidos de la maldad cometida en Esparta, y persuadidos de que Adimanto y sus compañeros habían perdido la vida por amor a su partido, como también que los lacedemonios habían intentado asociarse con los etolios, aconsejaron al rey hiciese un ejemplo con este pueblo y los tratase como Alejandro había tratado a los tebanos tan pronto como tomó las riendas del imperio. Otros, los más provecetos, dijeron que esta pena era más rigurosa que la que merecía el delito; sin embargo, que se castigase a los autores, se les depusiese de los empleos y se confiriese el gobierno y los cargos a los amigos del rey.

Después de todos habló Filipo con mucha prudencia, si se ha de dar crédito a lo que entonces se dijo. Pues no es creíble que un joven de diecisiete años pudiese dar tal corte en asunto de tanta importancia. Pero a los historiadores nos toca atribuir las decisiones tomadas en los congresos a los que están a la cabeza de los negocios; con que los lectores deben dar por supuesto que semejantes consejos y deliberaciones proceden por lo regular de los privados, y en especial de los que andan al lado de los reyes. Lo más conforme a razón es atribuir a Arato la determinación que el rey tomó entonces. Ésta fue que las injurias particulares cometidas entre los aliados, en tanto eran de su inspección, en cuanto de palabra o por escrito le tocaba poner remedio y darse por entendido; pero que los insultos contra la alianza en general eran los únicos de los que él debía tomar un castigo y corrección pública con parecer del consejo: que los lacedemonios no habían pecado notoriamente contra la alianza en general, antes bien, ofreciendo cumplir exactamente con sus deberes, no había motivo para mostrarse con ellos inexorable; pues no era puesto en razón que a quienes no había maltratado su padre, no obstante haberlos sujetado como a enemigos, él los tratase con rigor por motivos tan leves. Rubricada esta determinación, por la que quería se mirase con indiferencia todo lo pasado, despachó al instante el rey a Petreo su confidente con Omias y sus compañeros, para que exhortasen a la plebe a permanecer en la buena correspondencia que tenían con él y con sus macedonios, y al mismo tiempo a prestar y recibir los juramentos sobre la alianza. Él, mientras, levantó el campo y volvió a Corinto, dando una brillante prueba de su afecto para con los aliados en la respuesta que dio a los lacedemonios.

Habiendo hallado en Corinto a los que habían venido de las ciudades aliadas, consultó y conferenció con ellos sobre lo que había de hacer y cómo se había de portar con los etolios. Los beocios les acusaban de haber robado durante la paz el templo de Minerva Itona; los focenses, de haber tomado las armas para apoderarse de las ciudades de Ambriso y Daulio; los epirotas, de haberles talado su país; los arcanianos, de haber tramado una conspiración contra Turio y haberse atrevido a atacarla de noche; finalmente, los aqueos exponían cómo habían tomado a Clario en el país de Megalópolis, habían talado al pasar los campos de los

patrenses y farenses, habían saqueado Cineta, habían profanado en Lusos el templo de Diana, habían sitiado a Clítor, habían intentado arruinar por mar a Pilos, y por tierra a Megalópolis de Iliria, que acababa de ser poblada. Expuestos estos cargos en la asamblea, todos unánimes fueron de parecer que se declarase la guerra a los etolios. Estas acusaciones sirvieron de cabeza al manifiesto, y se formó un decreto del tenor siguiente: Que todos los aliados se unirían para recobrar cualquier país o ciudad que los etolios hubiesen usurpado después de la muerte de Demetrio, padre de Filipo; igualmente que todos aquellos a quienes las circunstancias habían forzado contra su voluntad a entrar en la República de los etolios serían restablecidos en su antiguo gobierno y poseerían sus países y ciudades, sin guarnición, sin impuesto, libres en todo, gozando de las leyes y usos de sus padres; finalmente, que se restituirían sus leyes a los anfictiones, y les ayudarían a poner en su poder el templo con todos sus anexos, de que los etolios les habían despojado.